

## BARAGUÁ HOY: PROYECCIÓN ACTUAL DE LA GESTA DE ANTONIO MACEO

(Palabras pronunciadas por el Dr. Eduardo Lolo en el Homenaje de Recordación del Lugarteniente General Antonio Maceo organizado por el Colegio Nacional de Abogados de Cuba y la Cuban American Teachers' Association (C.A.T.A.) en Le Freres Taix French Restaurant, en Los Ángeles, California, el 5 de diciembre de 1999.)

Compatriotas, hermanas y hermanos hispanoamericanos y norteamericanos que nos acompañan:

Es para mí un alto honor el estar hoy aquí presente respondiendo a la gentil invitación del Colegio Nacional de Abogados de Cuba y la Cuban American Teachers' Association para dirigirme a todos Uds. en este Homenaje de Recordación del Lugarteniente General Antonio Maceo y Grajales, una de las figuras cimeras de la historia cubana. A las directivas de ambas organizaciones, mi más profundo agradecimiento, como intelectual y –más importante aún– como cubano de la diáspora.

El héroe que recordamos fue también un cubano de la diáspora. Sufrió con antelación las penas que hoy nos embargan. Supo del sol siempre amargo del destierro, del agua insípida de fuentes extranjeras. Como nosotros hoy, anduvo por el mundo en busca del perfume de las rosas del suelo propio, no porque las que encontrara en su deambular sin patria fuesen inferiores; sino simplemente porque no eran las suyas. Y regresó a Cuba, en son de lucha, a recuperar soles, aguas y rosas por igual. Y para todos. Murió físicamente en el intento, para vivir eternamente en la historia.

Había nacido el 14 de junio de 1845 en el seno de una familia relativamente acomodada de la provincia de Oriente. Hasta 1868 su vida parecía estar determinada por el progreso y la felicidad individuales. Desde 1862 se había hecho cargo de la venta de lo que producían las fincas de la familia y en 1866, luego de un breve noviazgo, se casa con María Magdalena Cabrales, convirtiéndose en padre en noviembre del mismo año con el nacimiento de una hija. Pero desde pequeño había aprendido que la felicidad individual nunca estará completa si la Patria es infeliz. Por tal motivo, pocos días después del alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua, el 10 de octubre de 1868, ingresa en el Ejército Libertador.

El desarrollo de Antonio Maceo como líder militar y estrategia de renombre en los próximos 10 años, serviría para escribir una novela épica que haría palidecer a las mejores del género. El mismo día de su ingreso a las huestes mambisas combatió con tal arrojo y valentía en el combate de Ti-Arriba, que sería ascendido a sargento. Meses después, y por las mismas razones, alcanzaría los grados de teniente y de capitán. Sus continuados ascensos lo llevarían, en menos de 10 años, a alcanzar el grado de Mayor General del Ejército Libertador.

Durante esa década vería destruidas las viviendas y propiedades de su familia, sería herido múltiples veces, vería morir a la mayor parte de los suyos, unos en combate y otros por las privaciones de la manigua (incluyendo a su hija María y a su hijo José Antonio) y le ocasionaría a las tropas colonialistas algunas de sus más aplastantes derrotas militares. Sería calumniado unas veces, mal interpretado otras, temido y admirado siempre. Pero a pesar de todas las pérdidas y disgustos personales, nunca dudó un momento en continuar su lucha por la libertad de Cuba. Luego del fracaso de la Guerra de los 10 años, parte al exilio, de donde regresa definitivamente

ante el nuevo intento independentista dirigido por José Martí, para morir en combate el 7 de diciembre de 1896.

De su vida toda, llena de heroicidades y sacrificios sin par, quiero destacar hoy lo que quizás sea el episodio más conocido de su perfil histórico: la Protesta de Baraguá. Corría el año 1878. Luego de 10 años de lucha contra la potencia colonial más poderosa de la historia del mundo occidental, los patriotas cubanos se sentían incapaces de continuar la guerra. No solamente se trataba de enfrentar a la maquinaria de guerra española, tan bien aceiteada por las capacidades económicas del estado europeo, sino de concertar las opiniones encontradas entre las mismas filas insurgentes. El 8 de febrero de ese año, se disolvería la Cámara de Representantes, firmándose el Pacto del Zanjón dos días después. A cambio de la entrega de las armas insurrectas, España prometía una amnistía general y unas pocas mejoras políticas, la mayoría de las cuales luego no serían cumplidas. Pero Maceo no aceptó pactar con la España colonial. Una cosa era ser derrotado, y otra muy distinta estar vencido. Y en los Mangos de Baraguá, en entrevista con el antagonista español Arsenio Martínez Campos el 15 de marzo, Maceo y un puñado de seguidores se mantuvieron erguidos y prepotentes contra el imperio español. Se había perdido la guerra, pero el espíritu independentista no pudo ser vencido.

A raíz de la muerte de Maceo, el conocido tribuno español Emilio Castelar y Ripoll (a quien nadie puede achacar simpatías con la causa cubana) dijo lo siguiente en referencia a la Protesta de Baraguá: “Es indudable que representa el mulato la intransigencia, con toda su fuerza y todo su vigor... Ninguno, entre los partidarios de Maceo, tan peleador, como él; ninguno tan bravo en el combate; ninguno tan organizador en la paz; ninguno tan intransigente.” Un descendiente cubano de Castelar, el historiador Carlos Ripoll, comenta así el pasaje citado: “No se le escapó al ilustre orador la noble cualidad de Maceo: la intransigencia, que consistía en no ceder ni contemporar con lo que era contrario a sus ideas; su patriotismo le imponía era repulsa a transigir, y su visión del futuro.”

Los cubanos de hoy en día vivimos bajo la influencia de un Zanjón sin firmas que intenta seguir extendiendo el castrismo incluso después del propio Castro. Muchos son los factores que han coincidido en la promulgación y puesta en vigor de ese nuevo Pacto del Zanjón con que se intenta conjurar las ansias de libertad y democracia dentro del espíritu cubano. Algunos son internos, de esa Cuba doble en que se ha convertido nuestra nación, con una mitad de alma en la isla y la otra mitad fuera de ella. Otros son externos, impuestos a las dos Cubas por circunstancias históricas especiales fuera totalmente de nuestro control. Unos factores y otros convergen en la proclamación de un Zanjón que se vende a sí mismo lleno de medias verdades salpicadas de demagogia y, por supuesto, con la cara del odio y la avaricia bien oculta para que no se vea a simple vista. Un análisis pormenorizado de ese Zanjón sin firmas no podría ser desarrollado en el tiempo establecido para este tipo de actividad, pero sí creo posible señalar algunas de sus características más evidentes. Veamos.

## FACTORES EXTERNOS

Este nuevo Pacto del Zanjón tuvo su génesis a raíz del desmoronamiento de la Unión Soviética y la consiguiente pérdida de los subsidios multimillonarios que mantuvieron a flote durante tres décadas la disparatada economía castrista. Vinieron entonces al rescate del castrismo capita-listas inescrupulosos de todas partes del mundo atraídos por la nueva política económica que Castro copió de China y Viet Nam. La Isla toda (incluyendo, como es lógico, a sus ciudadanos) se puso

en venta. El otrora enemigo número uno del capitalismo se convirtió en socio capitalista de cuanto empresario sin escrúpulos estuviese dispuesto a invertir en la isla. A cambio del riesgo financiero implícito, el Gobierno Cubano garantizaba relaciones de producción capitalistas en condiciones desconocidas en Europa o los Estados Unidos desde el siglo XIX. En efecto, el obrero cubano, a manera de siervo feudal rentado, carece de los más elementales derechos de que gozan los trabajadores de EEUU y Europa: no existen contratos colectivos de trabajo, ni indemnizaciones por accidentes de trabajo, ni salario mínimo, ni protección contra despidos injustificados, ni derecho a sindicalización, huelga, etc. Todos los derechos que los trabajadores del mundo lograron alcanzar luego de casi un siglo de luchas sindicales al calor de la democracia en sus diversas etapas de desarrollo, han sido borrados de las relaciones de producción entre los cubanos y sus empresarios extranjeros asociados con Castro. No en balde Cuba, como antes China y Viet Nam, se ha convertido en una codiciada mina de oro para cuanto capitalista sin escrúpulos quiere escapar de las condiciones laborales humanas impuestas por la democracia en su lugar de origen.

La llamada despenalización de la tenencia de divisas en Cuba vino a empeorar las condiciones de los trabajadores criollos. Sus salarios siguen siendo pagados en pesos cubanos, pero los artículos de primera necesidad que sus familias necesitan sólo pueden ser adquiridos en dólares. Como colofón de pesadilla a todo ello, una bochornosa política de “apartheid” ha cerrado centros turísticos, tiendas y hasta farmacias y hospitales a los nacionales cubanos. Cuba es hoy en día para los extranjeros y el reducido (y nada estable) séquito castrista. El pueblo trabajador nunca antes, ni siquiera en las décadas anteriores, había vivido tan humillado. La ignominia soviética en bancarrota ha sido suplantada por la ignominia capitalista a ultranza.

El poder y las presiones de tales capitalistas de la ignominia es tal, que ha dado lugar a situaciones que parecen sacadas de una obra de teatro del absurdo. Por ejemplo, cuando vemos cómo un presidente de los Estados Unidos se niega a poner en vigor leyes aprobadas por el congreso y promulgadas por él mismo con bombos y platillos. La Ley Helms-Burton y la que viabiliza demandas judiciales a los terroristas duermen hoy en día el sueño de la traición en las gavetas presidenciales. Obviamente el pueblo cubano no tiene los millones de dólares que los capitalistas sin escrúpulos están dispuestos a invertir en campañas políticas.

La imagen de venta de tal actitud no podía ser más demagógica: que relaciones de producción capitalistas conducen, inexorablemente, a la democracia. Especialistas y expertos al servicio del castrismo o sus nuevos socios capitalistas se han encargado de darle cierto viso de verosimilitud académica a semejante presupuesto. En realidad, es todo lo contrario: las relaciones de producción capitalistas no condujeron a la democracia, sino que fue la democracia la que condujo a las relaciones de producción capitalistas y su consiguiente humanización y respeto laboral. El proceso parece complicado, pero es bien sencillo: la democracia, al crear las condiciones de libertad intelectual asociadas con la misma, propició el desarrollo científico técnico que, elevando drásticamente la productividad, hizo obsoletas las relaciones de producción feudales. Los empresarios, presionados por la democracia, comenzaron a tener en cuenta los derechos de los trabajadores. Surgieron las luchas sindicales propiciadas por la democracia, y el resto es historia: las actuales legislaciones laborales que defienden los derechos de los trabajadores frente a la avaricia incontrolable de capitalistas inescrupulosos.

Pero si no existe una atmósfera de libertad y respeto a la persona humana, relaciones de producción capitalistas incipientes (como las que existen actualmente en Cuba) no conducen por sí mismas a la democracia. Los trabajadores cubanos actuales no son más que siervos de la gleba alquilados por el señor feudal a los inversionistas extranjeros.

Se manipula como prueba de lo contrario el hecho de que actualmente sobreviva a duras penas un movimiento opositor en la Isla. Pero ello no significa que el castrismo haya permitido ninguna apertura política. Si los heroicos defensores de los derechos humanos, o los pocos periodistas independientes y miembros de organizaciones no-gubernamentales que valientemente se enfrentan al castrismo desde posturas ideológicas disímiles no han sido encarcelados en su totalidad o simplemente fusilados al primer aviso de oposición, no se debe a cambio alguno de la conocida naturaleza del castrismo, sino a razones estratégicas tiempo atrás establecidas por Lenin con su política de “un paso hacia atrás y dos hacia adelante”. La máquina del terror que ha mantenido a Castro por más de 4 décadas en el poder continúa en perfecto estado. Es más, desde el punto de vista legislativo se encuentra más aceptada que nunca, como lo prueba la recién aprobada “Ley Mordaza” que permite el encarcelamiento por décadas de quien se atreva a escribir un párrafo en contra del castrismo. Si todavía no le ha sido aplicada a ninguno de los valientes periodistas independientes de la Isla, es porque el tiempo para los dos pasos hacia adelante de la conga leninista no ha llegado todavía. Pero basta que Castro tenga acceso a los bancos y capitalistas norteamericanos una vez levantado del todo el embargo, para que los dos arrolladores pasos hacia adelante aplasten a la asediada oposición interna. En realidad la Cuba post-soviética sigue siendo la misma de siempre: la Cuba castrista, con toda la carga de horror y demagogia para siempre asociada al castrismo por su propia naturaleza.

En base a lo anterior, y al legado histórico que recibíamos del héroe nacional que hoy homenajeamos, hay una sola respuesta digna para los capitalistas sin escrúpulos que medran hoy a la sombra de la tragedia cubana, una solitaria réplica honrada para los políticos que los apoyan por sus donaciones a campañas electorales, una única contestación vertical a los miles de turistas libidinosos que saturan de lujuria mercantil nuestras playas: ¡Baraguá! Porque el desarrollo de un país no se mide por el número de prostitutas, ni por la extensión de las genuflexiones al dinero extranjero, hay una sola reacción pudorosa: ¡Baraguá! A ese nuevo Pacto del Zanjón firmado por Castro y los avaros capitalistas sin escrúpulos del mundo entero, cabe una sola posición realmente cubana: ¡Baraguá!

## FACTORES INTERNOS

Sin embargo, no toda la culpa de nuestra tragedia actual puede achacársele a esos inversionistas neo-feudales. Ellos, junto a sus comprados cómplices dentro del campo político, periodístico y académico, constituyen los factores externos del nuevo Zanjón que sufrimos. Pero ellos, por sí mismos, no lo determinan en su totalidad. Nada habrían logrado sin unas circunstancias cubanas que, voluntaria o involuntariamente, consciente o inconscientemente, permitieran el desarrollo de los factores externos señalados. Analicemos someramente esos factores internos que coadyuvan a la existencia del nuevo Zanjón.

Entre los mismos cabe señalar el pesimismo, el derrotismo y el cansancio político que 4 décadas de exilio han producido en las mentes de muchos exilados. Han sido 40 años de espera activa, de esperanzas alimentadas por sacrificios sin fin, de soñar despiertos inmersos en una pesadilla. Y aparentemente en vano. Desapareció la Unión Soviética, los países que ocupaba desde fines de la Segunda Guerra Mundial lograron su anhelada independencia; incluso el resto de la América toda pudo, finalmente, saludar al unísono el sol de la democracia. Y Castro todavía Castro; la noche larga aún sobre los destinos de Cuba.

El consecuente sentimiento de derrota hizo a algunos pensar, con toda lógica, si un cambio de estrategia podría lograr, si no la libertad que todos ansiamos, al menos un pedazo de ella. No pongo en duda que semejante razonamiento haya tenido como punto de partida la buena fe de algunos; la misma buena fe que puede asumirse en los primeros autonomistas cubanos cuando vieron fracasada la contienda independentista y optaron por intentar la consecución de ciertas mejoras en la vida de los cubanos de la época. Pero, al igual que en el siglo pasado, ese luchar por algo cuando el todo parece inalcanzable ha sido rápidamente puesto al servicio de los que quieren mantener a toda costa los sufrimientos básicos asociados a la colonia ayer y al castrismo hoy. Los que terminaron por erigirse en representantes de las ideas supuestamente autonomistas intentaron y lograron con mucho éxito disfrazar tras la demagogia y la derrota militar del independentismo sus intenciones reales: el mantenimiento del status colonial en Cuba. Sus herederos políticos de hoy son mucho más hábiles en el disfraz y saturan de su demagogia todas las buenas intenciones de quienes, derrotados y puede que tontos o inocentes, intentan un amanecer negociado a la larga noche castrista.

Se habla entonces de reconciliación nacional, de intercambios culturales que hagan tomar conciencia política democrática a los representantes directos e indirectos del régimen, de reunificación familiar, de que el amor todo lo puede, de que la cultura no tiene nada que ver con la política, etc., etc. Todos esos términos, tomados en sus valores esenciales y sin un contexto que los defina objetivamente según particularidades específicas, tienden a provocar simpatía. ¿Cómo estar en contra de la reconciliación entre hermanos? ¿Cómo no aplaudir la toma de conciencia de un intelectual omnibulado? ¿Cómo criticar el abrazo de un hijo con su madre? ¿Cómo dar la espalda a la fuerza del amor? ¿Por qué admitir que la cultura tiene que estar ligada a la política?

Sin embargo, una vez que todos esos términos se aplican a la situación cubana actual, sus valores intrínsecos se ven tan manipulados por parte de los herederos actuales de los autonomistas decimonónicos, que pierden sus significados. Comencemos con el de reconciliación.

Para que haya reconciliación tiene que haber ocurrido primero una ruptura de partes unidas originalmente. ¿De qué reconciliación hablan los propulsores de esa estrategia? El pueblo cubano del exilio y el pueblo cubano de la isla no tienen que reconciliarse porque nunca han estado divididos más que por un estrecho de mar. La tragedia de los cubanos en la Isla ha sido siempre tema de sufrimiento de los cubanos del exilio; los éxitos de los cubanos del exilio ha sido siempre tema de regocijo para los cubanos en la Isla. El pueblo cubano del exilio y el pueblo cubano de la Isla no tienen que reconciliarse porque nunca han sido antagonistas; antes bien son desde hace 4 décadas las dos mitades de un mismo sueño de libertad que truncara el totalitarismo. ¿Qué elementos tienen entonces que reconciliarse? ¿El exilio y el gobierno castrista? Mientras el exilio sea exilio y Castro sea Castro, eso no es posible. El bien no puede reconciliarse con el mal, so pena de dejar de serlo. La luz no puede reconciliarse con la oscuridad, porque deja de ser luz para volverse penumbras. La altura no puede reconciliarse con el abismo porque, en el mejor de los casos, se convertiría en llanura. El amor todo lo puede, sí; menos pactar con el odio. Y aunque hay algunos entre nosotros de bienes trastocados y almas en penumbra, dispuestos a prostituir el amor y cercenar las alturas desnudas por planicies de prebendas, no dejemos que nos engañen: tal reconciliación sólo favorecería a Castro como el autonomismo favoreció a la España colonial. Para esos nuevos autonomistas del castrismo hay una sola respuesta digna: ¡Baraguá!

El tema de la reunificación familiar ha sido utilizado mucho más demagógicamente aún. Desde nuestro punto de vista debe tratarse de la salida de Cuba de quienes tengan familiares en este lado de la historia, lo deseen, y el gobierno cubano les permita salir del país. O la ayuda a quienes, desafiando olas de espanto y tiburones siempre hambrientos, se deciden a lograr su libertad o perecer en el intento. Para los autonomistas actuales tal reunificación significa el regreso de los exilados a la Isla a llevarle dólares al tirano bajo los términos de ignominia impuestos por éste, o a servirle de coro académico o artístico a sus consignas de siempre, como rebaño de bestias vencidas, uncidas al yugo. Y claro que no hablo de quienes han ido a Cuba a rezar junto al lecho de una madre moribunda, o a consolar con su mano la frente ardiendo en fiebre de un hijo enfermo. Hablo de quienes ya habló Martí al señalar que “visitar la casa del opresor es sancionar la opresión... Mientras un pueblo no tenga conquistados sus derechos, el hijo suyo que pisa en son de fiesta la casa de los que se lo conculcan, es enemigo de su pueblo”. Hablo de los que van a Cuba como académicos, o artistas, o supuestos religiosos o políticos “moderados”, terminando todos sentando cátedra al tirano, bailando con el tirano, ofrendando en sacrificio ante el altar del tirano el decoro propio. O incluso de quienes, por sentirse viejos y derrotados, regresan a Cuba para una visión postrera de sus familiares queridos y la Patria misma. En realidad hay muchas razones para que un cubano exilado vaya a Cuba en la actualidad, y una sola para que no vaya. ¡Cómo duele andar por el mundo huérfano del abrazo materno a sabiendas de que esos brazos se consumen en la Patria envilecida! ¡Cómo duele ver crecer al hijo querido en fotos de ocasión, o saber de su cambio de voz sólo por el sonido siempre distante de una llamada tele-fónica! ¡Cómo duele sentirse uno viejo ya, rondando la partida definitiva, y no poder visitar por vez postrera los lugares queridos con olor a infancia lejana, a vientos de juventud añorada! ¡Cómo duele no poder colocar una lágrima y una flor sobre el viejo sepulcro familiar, donde descansan tantos seres queridos, a sabiendas de que ya pronto habrá uno de ocupar una tumba incómoda, como son todas las sepulturas en suelo extranjero! ¡Cómo duele todo ello! Pero duele mucho más la única razón para no ir a Cuba: ¡los principios que nos hicieron abandonarla en primer lugar! En cada visita de un cubano exilado a la Cuba de Castro, hay como una burla implícita a todos los muertos del castrismo, a todos los torturados en sus cárceles, a todos los sueños truncados, a todas las esperanzas traicionadas. Quienes no hemos tenido valor para ser héroes, lo menos que podemos hacer es respetar la memoria de quienes sí lo han sido, el ejemplo de quienes lo son ahora mismo. Quienes no respetan a los héroes y van a Cuba al ritmo del castrismo son las páginas ocultas del Zanjón sin firma que sufrimos. En efecto, cada exilado cubano que regresa a Cuba en tales circunstancias representa una nueva victoria para la tiranía fidelista. Esos que van a Cuba para visitar a la familia, o como acto final antes de la muerte, en realidad se están asesinando en vida: matan con su viaje al exilado que fueron y, de paso, extienden la tortura que padecen los suyos en la Isla más allá de sus propias vidas. Pensando en la muerte se vuelven muerte ellos mismos y se convierten en ayudantes del torturador de la familia que dicen amar. Para esos vencidos por sí mismos, para esos artistas o académicos en busca de las prebendas de la izquierda por dejarse manipular, para esos supuestos religiosos y líderes políticos “moderados” que estrechan la mano del tirano, sólo cabe una respuesta: ¡Baraguá!

Los que pretenden minar el castrismo ayudando a la toma de conciencia de sus artistas o intelectuales –o hasta de sus funcionarios–, mediante la aceptación de invitaciones a compartir con ellos tribunas, páginas o escenarios, o desconocen la realidad cubana, o han decidido hacerle el re juego a Castro a cambio de las pitanzas de una izquierda cómplice que domina premios, nombramientos y reconocimientos en el mundo académico, artístico e intelectual. Nadie en Cuba

necesita ser educado en el fracaso del sistema totalitario. Los que allá viven son, precisamente, los mejores especialistas en las razones, características y consecuencias de ese fracaso, por cuanto lo han vivido en carne propia. Nadie en Cuba, salvo unos pocos tarados históricos sin remedio, se cree hoy las consignas huecas por cuatro décadas de repetición. No hay que convencer a nadie de que el totalitarismo no tiene futuro; todos están convencidos porque ya ese futuro es para todos ellos un pasado frustrado. Pero no lo dicen por miedo, o lo ocultan por oportunismo, a fin de seguir medrando bajo la nada estable sombrilla de los privilegios en que viven los funcionarios y los artistas que el régimen deja salir de Cuba. Promocionar con nuestra asistencia a sus actos o espectáculos la presencia de esos representantes directos o indirectos del castrismo, o compartir con ellos tribunas o publicaciones, significa volverse un colaborador directo o indirecto del amo que los explota y domina con el terror. Pero más aún, significa una burla a los intelectuales, artistas y académicos cubanos dentro de la isla enfrentados hoy al totalitarismo como intelectuales del “insilio”. La cultura cubana es una sola, sí. Pero en las circunstancias actuales se encuentra dividida: de una parte, el quehacer cultural del exilio y del insilio combinados; y de la otra, la que representa al castrismo o lo apoya con su silencio cómplice. La cultura no tiene que estar necesariamente relacionada con o determinada por la política, pero sí con la historia, sí con la dignidad, sí con los principios básicos de nuestra nacionalidad. Para esos que tratan de hacernos cómplices indirectos del nuevo Zanjón en el campo académico o cultural, hay una sola reacción a la altura de nuestra historia: ¡Baraguá!

## CONSECUENCIAS

¿Qué significa para los cubanos de hoy mantener, ante el nuevo Zanjón, la actitud de Baraguá? Desde el punto de vista material, si se está en Cuba significa pasar a formar parte de inmediato de la amplia legión de personas no-personas que a duras penas sobreviven físicamente en la Isla. Significa unirse a las voces del “insilio”, ésas que valientemente se dejan escuchar a través de los intersticios de las mordazas. Significa ser presa inminente de las impunes jaurías llamadas Brigadas de Acción Rápida. Significa vivir erguido aunque con las manos maniatadas. Significa el desempleo, la pobreza, el hambre, la persecución, la calumnia oficial, la cárcel, y el exilio final si se sobrevive todo lo anterior.

Si se está fuera de Cuba, Baraguá como actitud significa ver cerrarse muchas puertas que debieran abrirse al talento. Nombramientos, becas, publicaciones y reconocimientos profesionales huirán del escritor o artista cubano que se niegue a hacerle el rejuego a una anacrónica izquierda que todavía domina gran parte del mundo artístico, académico e intelectual, y que ahora aparece aliada a lo peor del capital internacional. Se le llamará, despectivamente, “intransigente”, “conservador”, o “agente de la CIA”, sin tomarse en cuenta sus convicciones ideológicas reales. El mundo de las izquierdas, regido siempre por el simplismo demagógico de la vida en blanco y negro, lo rotulará como el antípoda del llamado cubano “moderado”, quien en realidad no es otro que el cómplice, o escéptico, o tonto, u oportunista que no siente escrúpulo alguno en compartir páginas, tribunas o escenarios con los representantes directos o indirectos del castrismo y, de esa forma, calificar para el reparto de pitanzas de las izquierdas y sus socios capitalistas. Parafraseando una vieja consigna castrista copiada de Mussolini: para “el moderado”, todo; para “el intransigente”, nada.

Y por supuesto que la actitud de Baraguá hoy no va a lograr la caída de Castro, ahora más afincado al poder que nunca gracias al apoyo directo de capitalistas sin honra del mundo entero. Es más, dudo que ni siquiera impida la existencia de un castrismo post-Castro.

¿Por qué entonces mantener una actitud que, a todas luces, ni conduce directamente al renacimiento de la democracia en Cuba, ni aporta elemento positivo alguno para quien la asume? ¿No es de locos mantenerse, voluntariamente, en la indefensión de la “intransigencia” cuando puede avanzarse tanto en lo personal bajo la sombrilla protectora de la “moderación”?

La respuesta a estas preguntas pueden ser encontradas en la hazaña histórica original que le sirve de géne-sis: la Protesta de Baraguá protagonizada por Antonio Maceo y el reducido número de mambises que decidieron seguirlo. En efecto, la actitud de intransigencia de Maceo no logró la independencia de Cuba. En lo personal, tanto él como todos sus seguidores se convirtieron en parias incluso para sus antiguos compañeros de armas que se acogieron al Zanjón. Para ellos no hubo descanso al regazo del terruño añorado; salieron de Cuba como apestados, vencidos por las fuerzas colonialistas españolas y el sentimiento de catástrofe histórica que, como una epidemia, se adueñó de todos los campamentos mambises. Trasladando mis preguntas anteriores al escenario del Baraguá original: ¿Por qué entonces Maceo y los suyos mantuvieron una actitud que, a todas luces, ni condujo directamente a la independencia de Cuba, ni aportó elemento positivo alguno para quienes la asumieron? ¿No fue de locos mantenerse, voluntariamente, en la indefensión de la “intransigencia” cuando pudieron avanzar tanto en lo personal bajo la sombrilla protectora de la “moderación”?

Maceo y sus seguidores, con la Protesta de Baraguá, lograron que la indiscutible derrota militar de los mambises no se convirtiera en la derrota histórica de la independencia de Cuba. El espíritu independentista fue derrotado, pero no vencido. Gracias a la intransigencia de Maceo es que los ideales de la independencia de Cuba lograron emerger de nuevo poco tiempo después en los esfuerzos y sacrificios de Martí e, incluso, de muchos de los que originalmente aceptaron el Zanjón y que terminaron cerrando filas con el general “intransigente”. Porque hubo una Protesta de Baraguá es que hubo luego un Grito de Baire. Sin la primera, dudo que se hubiera producido el segundo, al menos en tan corto tiempo.

Hoy, como ayer, nada debemos esperar de “la intransigencia” a corto plazo, sino pesares. Pero el Baraguá hoy del exilio y el insilio mancomunados, es nuestra única garantía de un nuevo Baire, que no necesariamente tiene que ser bélico –aunque sí igualmente digno. Los ideales de la democracia en Cuba no hay duda alguna que han sido derrotados: lo prueban los miles de no por heroicos menos fracasados presos políticos, los miles de hombres y mujeres torturados y asesinados por el terror castrista, o esta misma reunión de cubanos exilados, algunos de los cuales llevan aquí 40 años soñando con un regreso decoroso a la Patria. Lo prueban la impunidad de las jaurías de las Brigadas de Acción Rápida, las inversiones de capitalistas sin escrúpulos de España, Italia, México y Canadá (entre otros países), y las presiones de sus pares norteamericanos para poner sus capitales al servicio del dictador a cambio de mano de obra neo-feudal.

Pero la actitud de Baraguá hoy, sin protagonismos políticos ni agendas personales, garantiza que esos ideales democráticos ahora derrotados no sean del todo vencidos. El castrismo post-Castro tiene los días contados sin haber nacido todavía. Los ideales democráticos, vivos gracias a la intransigencia histórica de unos pocos, dará paso a la Segunda República de Cuba, que aprenderá de los aciertos y errores de la Primera –para repetir mejorados los primeros y evitar los segundos– marcando un nuevo emerger de los ideales cubanos democráticos derrotados, pero no vencidos. Parafraseando la cita de Carlos Ripoll al inicio de mis palabras, los

cubanos exilados somos intransigentes porque no podemos ceder ni contemporizar con lo que es contrario a los ideales democráticos que nos arrojaron al exilio, porque nuestro patriotismo nos impone esa repulsa a transigir, y nuestra visión del futuro.

Y esa vigencia histórica de Baraguá hoy es el mejor homenaje que podemos hacer los cubanos al Titán de Bronce y sus seguidores. Al igual que ellos se enfrentaron sin reservas al Zanjón original, a sabiendas de que nada positivo iban a obtener desde el punto de vista personal, debemos enfrentarnos al nuevo Zanjón que Castro, los izquierdistas acomodados y sus nuevos aliados, los capita-listas sin escrúpulos del mundo entero, tratan de imponer-nos a todos los cubanos. Porque aunque derrotados como los mambises de Maceo, no estamos vencidos. Nos mantiene invencibles un Baraguá de ayer, que se extiende hasta un Baraguá de hoy, que servirá a las futuras generaciones para hacer realidad los sueños de más de 4 décadas de incertidumbre. Porque siempre que halla un cubano que recuerde a Maceo, se mantendrá vigente la noble y heroica intransigencia de la Protesta de Baraguá. ¡Baraguá hoy, como Baraguá ayer, para un Baraguá siempre!

Muchas gracias.

[Esta conferencia fue publicada en forma de folleto como: Lolo, Eduardo. *Baraguá hoy: Proyección actual de la gesta de Antonio Maceo*. Los Angeles: Cuban-American Teachers' Association (CATA), 1999. También fue publicada en dos semanarios californianos: *La Voz Libre* Vol. 19, Núm.947 (Dic. 10, 1999), páginas 7-10, y *20 de Mayo* , Vol. 31, Núm. 2055-2063 (Dic. 25, 1999-Feb. 19, 2000) páginas 16.)]